

La despedida fué cordial, y dejamos con sentimiento aquel lugar tan interesante para la historia del cultivo en Argelia.

Al regreso, vimos otro establecimiento no menos digno de elogio. Es el convento del *Buen Pastor*, lugar de refugio para las jóvenes extraviadas. Solo entran en él voluntariamente, y allí, sometidas a una disciplina rigurosa, tienen tiempo para arrepentirse y corregirse. Ultimamente se ha visto llegar a él a una joven señora muy elegante y bonita: nadie supo de dónde venía. Revestida con el hábito gris de la casa, hace en ella penitencia con una humildad del todo cristiana.

Nuestra última tarde en Argel la consagramos a una multitud de compras de mercancías orientales. Entre otras cosas, adquirimos muy hermosas armas y utensilios muy curiosos del uso de los beduinos y kabilos. Es un placer de los mas instructivos, el de pasearse como un simple por aquellos bazares y almacenes.

A eso de las once de la noche nuestra columna de humo daba el último adios a la ciudad morisca afrancesada.

ALBANIA

CAPITULO SEGUNDO

UN RINCON DE LA ALBANIA

25 de Julio de 1853.

En los confines de la civilizacion se halla un país salvaje, que lleva el armonioso nombre de Albania. Compónese de cantones boscosos, en los que el hombre y el jabalí, el turco y el cristiano se dan alternativamente furibunda caza, y viven animados de odios y resentimientos implacables. En aquellos lugares la misa se dice todavía como en tiempo de Diocleciano, con sobrecogimiento de terror; los fieles se reúnen en los parajes tenebrosos que solo alumbran las luces del altar.

Para dar un apoyo moral a aquellos pobres católicos, cuyo número es considerable, y para observar en el terreno mismo su triste situación, había sido enviada la corbeta *la Minerva*, mandada por mí a las aguas de Albania. Esta misión habría sido de las mas útiles, si no nos hubiesen faltado, para operaciones enérgicas, los medios de acción y el tiempo. Ella no estaba exenta de disgustos: después de los sangrientos episodios que acababan de pasar en Esmirna, no había un solo rincón de Turquía que no fermentase terriblemente. A título de extranjeros, desinteresados, es verdad, pero de quienes se podía temer humillaciones, éramos vistos con des-

confianza é inquietud. Visitar la Albania en tales circunstancias era una empresa que exigia prudencia, energía, moderacion, y que no nos prometia mas que privaciones y contrariedades. Esta perspectiva nos era tanto mas desagradable, cuanto que habiamos esperado hacer en aquel año un viaje a Constantinopla, al Asia Menor, a la Tierra Prometida y al Egipto, y que la maldita política nos privaba de semejante placer.

El 25 de Julio de 1853, arribamos a Antivari. Un sol claro brillaba en un cielo de un azul subido; un soplo vivificante pasaba por la vasta extensión del mar; las olas retozaban alrededor de la corbeta que las hendia dulcemente. Era una de aquellas tardes que solo se ven en Oriente, y que se repiten allí durante meses enteros para dicha de los que navegan en aquellos mares admirables.

Nuestra corbeta se deslizaba ligera sobre la hermosa y vasta rada, cuyo fondo, que se eleva gradualmente, ofrece un buen fondo de profundidades diversas para un gran número de buques; pero con viento del Norte violento y constante, los barcos podrian garrear anclas, a causa de la poca resistencia del fondo, y verse arrastrados a los bancos de arena que forman aquella costa baja. Echamos anclas por nueve brazas y media de profundidad, y nos hallamos con dos buquecillos mercantes, solos en aquella extensa rada.

Me parecia que me hallaba en una parte del mundo completamente nueva, en aquellas comarcas salvajes, apénas conocidas de los navegantes; y en verdad que así era. La Albania, aunque geográficamente está cerca de nosotros, está en realidad separada de nuestro país por un abismo ancho como un océano; pues está situada en aquellas regiones desiertas dominadas por la Media Luna, en donde ninguna civilizacion ha penetrado, abandonadas al capricho de los bajáes y de sus bandidos, cuya existencia apénas es conocida en Constantinopla, y de la que en Europa misma apénas se tiene vaga idea. ¿Quién conoce a la Albania? ¿Dónde están los viajeros que la hayan recorrido? El mundo solo ha oído hablar de esos hermosos albaneses de alta talla, que en las ciudades marítimas del Mediodía de Europa, se arrastran de café en café, con su *fustanela* de anchos pliegues, y su gorra (fez) atrevida-

mente puesta. Su traje pintoresco dá cierto tono al dandy mas vulgar en los bailes de fantasía; y es cuanto se sabe de ellos.

Desde el lugar en que anclábamos, gozamos del mas espléndido panorama.

Delante de nosotros, se extendia una llanura risueña, rica de olivares, y cercada por las rocas escarpadas de Escutari. Un promontorio de esta cadena de rocas sostiene la ciudadela de Antivari, sobre la cual se ve centellar un minarete. A la derecha una lengua de tierra formada de rocas desnudas, sirve de abrigo a la vasta rada contra los huracanes de Sud-Oeste. A la izquierda se levantan las montañas gigantescas de Montenegro, calvas y coloradas con los tintes meridionales. En medio de aquellas rocas desnudas, se distinguen aquí y allí pequeñas manchas verdosas: son bosques de abetos. Sobre la costa de la rada, que presenta una playa de arena, se descubre solamente la casa de la aduana. Silencio de muerte reina a lo léjos, y cuando llega la noche, este silencio se vuelve casi siniestro.

Las maniobras para anclar fueron bien ejecutadas. Los oficiales me pidieron entónces permiso para ir a tierra a reposar de los calores de medio dia, tomando un baño de mar: concedí el permiso recomendando al mismo tiempo la prudencia. Apénas habian descendido, cuando se mostraron algunos albaneses armados, observándolos con desconfianza y siguiéndolos paso a paso. A la caída de la tarde me acerqué á la aduana, tambien con la intencion de tomar mi baño de mar acostumbrado. En aquel momento partió un tiro de las ventanas del edificio, y una banda de hombres robustos de aspecto salvaje, vestidos con el traje albanés y bien armados, se acercó a la ribera. Tal vez solo querian intimidarnos; mas yo no me digné volverme para verlos, y me desvestí tranquilamente para bañarme, *in conspectu barbarorum*, en la tibia atmósfera de la tarde. *Take it coolly* es mi divisa, y en verdad que es buena. Nuestros salvajes nos miraron con caras desconcertadas, y despues de habernos refrescado y solazado a gusto, regresamos tranquilamente a nuestra querida Minerva, poco satisfechos de la primera acogida que recibiamos en aquel país bárbaro. Al siguiente dia se presentó a mi bordo nuestro agente consular, y protestó que desde Antivari que está situada a una legua de la

costa, se nos había tomado al principio por un barco turco. Esto no era lisonjero para mi linda corbeta, pero la opinion de las *ratas de tierra* no forma ley.

El buen hombre regresó a la ciudad para anunciarnos a las llamadas autoridades, y volvió a poco a bordo con el vicario del obispado de Antivari y el agá.

Monseñor Poten, el vicario, es un hombre alto y hermoso, de exterior completamente apostólico, que infunde respeto. Es un verdadero príncipe de la Iglesia: su santa vocacion se lee en su fisonomía dulce y tranquila; y además, nos causó agradable sorpresa el saber que es aleman. Son sus ojos azules y benévolos un espejo que refleja la pureza de una alma toda germánica. Es uno de aquellos hombres a los que aplicamos en nuestra lengua esta bella expresion: «No hay en él malicia;» y acaso sea este el único defecto que tengan que reprobarle en aquella salvaje y agitada Albania. Reconócese en él una de esas naturalezas de cordero, que se dejan degollar por su amo y señor, sin precaverse; que se representan siempre a Jesucristo bajo la figura del buen pastor, y nunca bajo la del vengador que arroja a los ladrones del templo; uno de esos espíritus en fin, que no han comprendido nunca aquella palabra de la Escritura: «Sed prudentes como las serpientes.» Por lo mismo, no está en estado de refrenar a la raza pérfida y astuta de los mahometanos; miéntras que un hombre que uniese la prudencia y la energía a la dulzura y a la caridad cristianas, acabaría por triunfar aun de estos bárbaros.

Originario de la hermosa y santa ciudad de Colonia, este piadoso hombre se trasladó a Roma hace muchos años, y entró en la Propaganda en donde se le formó para las misiones. Enviáronlo despues como sacerdote a Albania. Allí ha recorrido toda su penosa carrera hasta el puesto honroso que ocupa hoy, siendo verosímil que reciba pronto el báculo episcopal. Pero hace veinte años que vive en aquel lugar perdido de Antivari; hace mas de veinte años que no ha visto su país, y apenas si ha conservado en él algunas relaciones. El pensamiento de las misiones le ha hecho perder de vista el de su patria, y la única patria a que aspira es la del otro mundo prometida al cristiano.

Traté con buena intencion de hablarle de Colonia; pero este

nombre no tenia ya casi sentido para él, y aun la lengua materna le embarazaba. Triste verdad es que nosotros los alemanes, perdemos muy pronto nuestros caracteres distintivos y nuestra fisonomía nacional. Solo el odio y el amor ardiente dejan profunda huella, y nosotros no tenemos ninguna ocasion de entregarnos a uno ú otro de estos sentimientos, y por esto olvidamos tan pronto. La idea de la Alemania ha llegado a ser una idea vaga, y esta es la causa de un mal tan grave y tan profundo.

El vicario se quejaba amargamente de la desgraciada situacion de los católicos. Abandonados, sin apoyo, sin dinero y sin consuelo, son un juguete a propósito para la intriga. Ante la justicia turca el cristiano no tiene derechos. ¿De dónde, pues, le vendrian? No se puede negar que el sultan en estos últimos años ha garantizado muchos derechos; pero, ¿de qué sirven estas concesiones? En los muros mismos de Stambul, no se hace la voluntad del Sultan; con mayor razon en esas provincias lejanas en donde el bajá reina sin responsabilidad alguna, en donde toda su obligacion consiste en pagar al gobierno una suma determinada, y puede administrar como quiera y le convenga. Si este pequeño tirano es bastante bandido, ó si tiene enemigos poderosos, es de puesto en un decir Jesus; mas de ordinario es reemplazado por otro peor que devora toda la sustancia del desgraciado pedazo de tierra sometido a su dominio: las poblaciones sojuzgadas prefieren no quejarse. Los comerciantes cristianos, sobre todo, se ven reducidos a la desesperacion por las exigencias de dinero que se renuevan sin cesar. El bajá halla fácilmente motivos para estrujarlos, y por desgracia tiene todos los medios de forzarlos. No queda, pues, a los cristianos mas arbitrio que pagar, y pagar siempre.

Está prohibido en Albania construir iglesias. Solo en miserables chozas puede celebrarse la misa bajo perpétuas amenazas, y gracias a una tolerancia muy sospechosa. Por lo demás, no habría dinero para edificar. Roma misma está tan débil, que no podría dar socorros suficientes: madre comun del univerrro católico, no puede consagrar sus cuidados particulares a aquel país perdido. El Austria es la única potencia que realmente lo ayuda: ella retribuye a los obispos y a muchos curas; pero su erario comprometido tampoco le permite hacer grandes gastos.

El mal genio de Antivari es el bajá de Escutari, hombre muy poderoso y que odia á los cristianos. Habia establecido aquí á una de sus criaturas para ejercer el mando. Este personaje daba mucho que hacer, tanto al vicario apostólico como al agente consular austriaco. Cuando estuvo bien rico, lo destituyeron, reemplazándolo por el agá actual, con quien rigurosamente puede estarse contento, porque vive tranquilo y no suscita querellas.

Apénas se separó de mí el digno prelado, cuando el musulman de que acabo de hablar entró en mi camarote. Es un verdadero palurdo, cuya fisonomía lleva el sello de un buen natural trivial. Viste el traje pintoresco de los albaneses, la chaqueta colorada forrada de pieles en los contornos, la túnica bordada de oro, la cintura guarnecida de armas, el chal de colores, la fustanela, las polainas ricamente bordadas y el gorro rojo. A pesar de la belleza de este vestido, el que lo usa solo tiene el aspecto de un criado de príncipe oriental. La entrevista tuvo lugar con ayuda de un intérprete, lo que da una especie de vértigo, como si se pasase por un puente sin pretil. La conversacion fué, pues, muy incómoda; pero el bribon parecia lisonjeado de los cumplimientos que yo le hacia sobre su buena voluntad respecto de los cristianos. Le obsequiamos con toda clase de dulces y frutas, y no dejó de alegrarse con el champaña. En el momento en que empezaba a hallarse a su gusto, y en que se empeñaba ya una conversacion diplomática, dió un brinco súbito al ruido de las descargas de artillería que resonaban sobre su cabeza. Era que saludaban la partida del vicario apostólico. Posible es que desde luego haya atravesado su mente la idea de una traicion meditada en aquel buque extranjero; sin embargo, supo reponerse pronto, y al partir se mostró alegre y lisonjeado de recibir el mismo honor. Nuestro agente consular hizo entender a este buen hombre, que debia saludarme con una salva de veintiun cañonazos a mi entrada en su pequeña ciudad y salir a recibirme a la puerta de su casa. En esos países poco civilizados, en los que todas las cuestiones de etiqueta son tan importantes, necesario es imitar el ejemplo de la sábia Inglaterra, y dictar uno mismo los honores que debe recibir. Solo así se llega a imponer respeto.

Al medio dia nos dispusimos para hacer nuestra visita. Un

grupo de malos caballos nos esperaba en la playa; pero solo una parte de ellos estaban ensillados: sobre los otros habian colocado no sé qué máquinas de madera, como las que sirven para trasportar los productos del campo. Inútil habria sido permanecer allí para admirarse: nuestros jóvenes, mal que pesase a sus charretas brillantes y a sus hermosos uniformes, debieron encaramarse sobre aquellos pobres rocinantes; y la comitiva partió alegremente atravesando el campo. Ibamos rodeados de hombres armados a pié y a caballo, a la usanza del Oriente, y de esta manera pasamos la verde llanura.

Plantaciones de olivos y espesos zarzales rodean los campos y las viñas a orillas de los caminos. Estos atraviesan de cuando en cuando el lecho de un rio que descende de las altas rocas de Escutari hácia el mar. Algunas veces unos de esos puentes escarpados particulares de la Turquía pasa sobre la barranca.

Las vistas mas pintorescas las descubre el viajero siguiendo especialmente la orilla de las aguas. Tupidos breñales descenden, como copos de suaves ondulaciones, hasta la corriente de las aguas tranquilas, limpidas y verdosas; elevados plátanos é higueras seculares extienden sobre ellas sus anchas ramas; el azul profundo del cielo se percibe de vez en cuando a través del follaje, reflejándose en el espejo del agua.

Detrás de los árboles se descubren altas colinas, cuyos piés están cubiertos de rica cultura y salpicados de casas. Aquel extenso y poético valle me recordaba la imperecedera memoria de los alrededores de Burnaba, que habia atravesado tambien de aparato militar. Mujeres medio veladas, que trabajaban en los campos, huían al acercarse nuestra ruidosa comitiva.

Algunas habitaciones aisladas, medio ocultas por grandes árboles, nos anunciaron la ciudad. Es un monton de casas apretadas en escarpada roca, sobre las que dominan las puntas esbeltas y ligeras de los minaretes. Al pié de la roca se extienden los bazares y las habitaciones de los gitanos; mas arriba el cementerio musulman con sus tumbas amontonadas, en désorden y sus piedras que rematan en turbante. Sobre algunas de ellas se veían brillar los dorados iluminados por el sol poniente.

Un pueblo andrajoso, pero pintoresco en su miseria, nos acogió

en el bazar. En aquella multitud abigarrada se distinguían algunas gitanas maravillosamente bonitas, de tez bronceada y velos blancos; eran una imágen fiel de las bayaderas de la India. Sus negros ojos brillaban como el fuego, y su abundante cabellera tenía los reflejos del ala del cuervo. Como no son musulmanas, y solo Dios sabe a qué religion pertenecen, les es permitido mostrarse a los hombres con la cara descubierta.

El bazar se compone, como en todos los países sometidos a la Media Luna, de barracas de madera pegadas unas a otras, abiertas por delante y con techos salientes. Están separadas de la calle por un cofre, sobre el cual el mercader que fabrica por sí mismo un gran número de sus productos, está sentado con aire flemático y las piernas cruzadas. No debe pensarse en Esmirna al hablar aquí de bazar. El lugar de que hablo no es mas que una miserable calle que apenas se llena de mercancías una vez en la semana: solo se ven trabajar en él algunos viejos turcos de barba blanca y de espejuelos, con algunos dependientes de cara embrutecida, amarillenta, estúpida y embobada. El bazar de Esmirna, por el contrario, es toda una ciudad en donde la poblacion se renueva sin cesar, y en donde los mas ricos trajes se confunden en medio de las hileras de camellos de aspecto indolente y pensativo. Y sin embargo, grande ó chico, siempre es el mismo carácter: trabajo é industria al aire libre, suciedad pintoresca, olor de guisado de ajo y aceite, olor que es propio del Oriente, y que se halla en él por todas partes, en las ciudades como en las aldeas, en los palacios como en las cabañas.

En la puerta del recinto fortificado, que se viene abajo, encontré al agá que salía a recibirme con su séquito. Bajé del caballo para hacer a pié mi entrada solemne en la plaza. Entónces empezaron las salvas prescritas, que no dejaron de inspirarnos serios temores, porque aquellas altivas murallas, que hacia muchos años que no habian asistido a semejante fiesta, tenían apariencia de querer desmoronarse sobre nuestras cabezas. El trueno de la plaza partía de unas piecitas venecianas hechas de viejo bronce verdoso, que yacian lastimosamente sobre la plataforma de una torre deteriorada: encendíalas un pobre diablo que sudaba sangre y agua. Era el único militar regular de la plaza de Antívari; y

como distintivo irrecusable de su calidad de regular, llevaba frac azul de vueltas coloradas, abotonado hasta el pescuezo, desprovisto de corbata, calzon corto blanco en tristísimo estado, zapatos sin medias y el gorro turco echado sobre la nuca.

El interior de la ciudad no es mas que una maraña de callejuelas sucias, montuosas, estrechas, muy miserables, en las que se anda a tropezones sobre un mal empedrado de guijarros. Las casas presentan en parte el tipo de la arquitectura turca, con sus balcones salientes de madera cuidadosamente enrejados, y en parte el de la arquitectura veneciana, que data de la época anterior a la dominacion turca.

Por fin, llegamos a la casa del agá. Una escalera de madera nos condujo a una especie de salon adornado a la turca, con divanes bajos, muy cómodos. La pipa y el café de rigor completaron las ceremonias de la recepcion. Entre la servidumbre reconocí dos colosos negros, que habian acompañado al agá a mi bordo, armados hasta los dientes: ellos presentaban las pipas a la reunion, absorbiendo la primer bocanada de humo, lo que no da muchas ganas de continuar; pero en Oriente no hay tantos escrúpulos.

De allí nos dirigimos por caminos admirablemente sómbreados a la residencia del gran vicario, quien rodeado de su clero, nos recibió a la entrada de su territorio. El suelo estaba tapizado de ramas y flores, que tambien adornaban la puerta; un pueblo de cristianos se apiñaba para vernos; las costumbres orientales se mezclaban con las de la iglesia: caras confiadas y alegres nos daban la bienvenida. Todo esto formaba una comitiva simple, pero pintoresca; un cuadro original de mision cristiana, como las que se ven especialmente en la Tierra Santa. Teniamos allí un agradable ejemplo de las escenas religiosas que llaman la atencion de los viajeros en Jerusalem, una de aquellas recepciones pacíficas, de que existen tan hermosas descripciones. ¹ Nos hallábamnos trasportados al mundo cristiano de los tiempos apostólicos, a aquellas épocas en que la persecucion mantiene la fe y el culto en toda su pureza y los conserva siempre vivos, en que se és todavía cristiano y nada

¹ Mas hermosas y mas edificantes las hallamos dos años despues, cuando nos fué dado recibir por nosotros mismos en la Ciudad Santa esas impresiones indelebles y fortificantes.

(NOTA DE MAXIMILIANO.)

más, y en que esta idea encierra todo: entónces el materialismo, el espíritu de especulacion, todavía no han echado raíces; y a despecho de las tempestades de este mundo, se estima aun como el mas precioso de todos los bienes la paz interior, esa paz verdadera que solo la religion puede dar.

El venerable vicario es el centro de esta vida cristiana; el verdadero pastor de este rebaño. Cuando se adelantó a nuestro encuentro en su traje de seda violeta, con su cruz de oro y su ancho sombrero, bajo el inmenso azul de los cielos, en medio de las gracias de la naturaleza que sonreía con todo el brillo de su frescura, fué un golpe de vista verdaderamente sorprendente, y acaso mas expresivo que tantas recepciones pomposas que se admiran en los países civilizados. Era el pueblo católico que venia a recibir a sus hermanos: la alegría que brillaba en todos los ojos, proclamaba el sentimiento que animaba los corazones.

La residencia del prelado corresponde a la historia de la Iglesia de Albania: es una casita sin apariencia, cercada de alta y sólida muralla destinada para defenderse de los accesos súbitos de humor sanguinario a que están sujetos los musulmanes. Los cuartos están blanqueados, aseados, pero son pobres: no encierran mas que lo que es estrictamente necesario a una vida de asceta. Los únicos adornos que en ellos se ven, son algunas imágenes de santidad, y los retratos del Santo Padre y de nuestro jóven soberano.

Despues de algunos momentos de afectuosa conversacion, nos dispusimos para ir a visitar la casa de Dios; ó mejor dicho, no la casa, ni mucho ménos una iglesia, puesto que no es mas que una pobre choza oculta bajo la sombra de espesos árboles, pequeña, sin apariencia, y que solo tiene aspecto de una miserable tienda portátil, ó de un establo. El claro de la puerta es tan bajo, que es necesario encorvarse para entrar. Hállase uno entónces en una pieza sombría, estrecha, de paredes blanqueadas. En la extremidad se percibe un altar que la comunidad ha adornado segun sus pequeños medios, para la recepcion de este dia. Hay en medio del altar una imagen de la Virgen, y a sus lados, luces que son de primera necesidad en esas humildes casas de Dios.

Experimentase una sensacion particular a la vista de aquella

pobreza engendrada por la opresion. Acostumbrado a ver que la Iglesia se levante en un espacio libre y abierto sobre un punto dominante, como el principio y centro de todas las cosas, se siente uno ofendido de no ser mas que tolerado; ofendido, digo, pero al mismo tiempo robustecido en la fé: porque hermoso es ver a la religion sin ningun medio que deslumbre, sin ningun aparato de riqueza y de poder terrestre, sostenerse por su propia fuerza, y no perder nada de su imperio. Compréndese entónces todo lo que las amarguras de la opresion fortalecen a las almas; y cuánta locura hay en oprimir a los disidentes queriendo verlos débiles, y no queriendo ó no pudiendo exterminarlos.

Antes de salir de aquella pobre cabaña, hombres del Norte, y hombres del Sur, todos oraron en silencio, y todos los corazones se unieron en Dios.

28 de Julio de 1853.

El cabo Rondoni describe una vasta curva que forma una gran rada natural. Llegamos a él a eso de la una, y anclamos cerca de la playa en un fondo favorable.

Algo extraño se experimenta cuando se fondea cerca de una costa inhabitada. Allí no hay nada del movimiento que acompaña de ordinario una llegada: la chalupa de las autoridades de sanidad que viene a vuestro encuentro; la torre de señales que os dirige enigmas que adivinar; el bosque de barcos que atravesar; la nube de curiosos y de mercaderes que sitia el buque a su llegada; las miradas de los marineros que desde una escotilla vecina, observan la ceremonia del amarradero; el cónsul que se balancea sobre las olas pesadas y sucias del puerto en un bote que lleva inmenso pabellon y viene a saludar a sus nacionales con el sentimiento de importancia que corresponde a un representante diplomático de su nacion. Aquí no hay nada de eso: solo reina el silencio de la muerte, solo oye uno sus propias órdenes; ni un sér viviente se percibe fuera de sí mismo y de los suyos: solo llama la atención la vista de las olas que nadie agita; se espanta uno al oír el hervidero y el choque producido por el ancla que se ha echado; y cuando las velas están plegadas, cuando vergas y aparejos están arreglados como en un puerto, se admira uno del silencio y